

3333

Ricardo Gómez

Ilustraciones
de David Navarro



EL BARCO
DE VAPOR



sm

Primera edición: enero de 2006

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Ricardo Gómez, 2005
© de las ilustraciones: David Navarro, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

ESTA HISTORIA COMIENZA EN EL AÑO 3333

EN EL AÑO 3333, las naves espaciales parecen tan antiguas como las carretas, los coches o los aviones.

La gente, para viajar de un sitio a otro, no tiene más que meterse en unas esferas brillantes que hay en unos lugares llamados VICLU. Estas son las siglas de «Viaje Instantáneo a Cualquier Lugar del Universo».

Si alguien quiere viajar a Pekín, por ejemplo, va a un viclu, paga su billete (que es muy barato) y, ¡hala!, a Pekín en menos de un segundo.

Pero ir a Pekín, a Moscú o a Buenos Aires no tiene mérito. Uno puede meterse en una esfera, pagar el billete y aparecer en la Luna, en Plutón o en otros muchos lugares del mundo.

En cada viclu hay miles de esferas. El mundo del año 3333 es enorme y está compuesto por muchos planetas habitados que dan vueltas alrededor de estrellas. Y por estaciones espaciales flotando entre planetas, también habitadas.

Las esferas son de diferentes colores según se viaje cerca, lejos o muy lejos. Hay esferas pequeñas, medianas y grandes. Las pequeñas son para una sola persona. Las grandes, para grupos de hasta cincuenta personas. Las medianas, cualquiera se lo puede imaginar.

El billete para viajar en una esfera de la Tierra a la Luna cuesta lo que un bocadillo de queso. Ir a Plutón, por ejemplo, lo que un bocadillo de jamón. Y viajar a una estrella más o menos cercana, lo que un bocadillo de chorizo y un refresco.



Como se ve, viajar no es nada caro, así que la gente viaja mucho. En cuanto alguien se aburre, dice:

«Esta tarde voy al planeta BRR47, que tiene tres soles, uno amarillo, otro azul y otro rojo. Vendré antes de cenar».

O:

«Me voy un rato a la estación CUCA22, que tiene una buena vista de una nebulosa con forma de elefante».



En el año 3333, en cuanto un niño nace le colocan en el oído un CALA¹. Se pone detrás de la oreja para siempre, nunca se estropea y hablar o recibir llamadas es muy barato. Mucho más barato que usar una esfera. Hablar una hora, por ejemplo, cuesta lo mismo que una galleta.

Mucha gente utiliza el cala para charlar, escuchar noticias, oír música o saber cuál es el último juguete que han fabricado las FUD². O sea, las Fábricas Universales de Diversiones.

En el año 3333 hay cosas que no son como las de ahora.

Pero otras sí son como las de ahora:

Hay gente sabia.

Hay gente tonta.

Hay chicos desobedientes.

¡Y hay personajes malvados!

¹ Cala: Comunicador Automático de Largo Alcance. Para más detalles, ir al *Triccionario*.

² Ya no se vuelve a avisar: si se quiere buscar el significado de alguna palabra rara, ir al final de este libro.

● 2

OTRO DÍA ABURRIDO

A MOT LE DESPERTÓ el rugido de un feroz dinosaurio.

Cerca de su cabeza, una hembra de velociraptor le amenazaba con sus mandíbulas repletas de afilados dientes. Casi podía notar su aliento y la humedad de sus babas.

El animal, con ojos astutos, clavó la mirada en el chico y Mot se reflejó unos segundos en su pupila de color verdoso.

El reptil levantó una de sus manos y dirigió la garra de su dedo corazón hacia su cuello.

Mot se levantó y el zarpazo pareció perderse en la almohada.

Llena de rabia, la dinosaurio comenzó a agitarse. Golpeó con su cola varias veces lo que parecía una delgada pared de DUROPLAST*, produciendo un estruendo sordo, como si quisiera romperla.

Mot dijo:

-Vete.

Los gruñidos cesaron, la dinosaurio se esfumó y la pared volvió a su estado de reposo. Mot salió hacia el

cuarto de baño pensando que le aburría ese despertador. Al principio le daba un poco de miedo, pero ahora...

Comenzaba un día soso. Otro más. ¿Qué tocaba hoy? Recordó: BLURK*, Ciencias Mundiales, Matemáticas y, como todos los martes, Expediciones Oceánicas. ¡Qué rollo!

Se colocó el cepillo en los dientes y este comenzó a ronronear haciéndole cosquillas en las encías. Mot se quitó el pijama y pasó a la ducha. La cabina se cerró y el chico notó el agua cayendo sobre su cuerpo. Pulsó el botón «torbellino» y le rodeó una tormenta de gotitas con olor a campo.

Al acabar, se activaron los secadores y Mot salió de la cabina. Dejó el cepillo de dientes en el lavabo, regresó a su habitación, sacudió su traje y se lo enfundó.

En la cocina, el COCIBOT* tenía preparado su desayuno.

Al igual que otros días, sus padres le habían dejado grabado un mensaje. Primero fue su HOLOMADRE* la que apareció encima de la mesa:

—Hola, Mot. ¿Qué tal has dormido? Cuando salgas, recuerda a la *Abuela* que conecte la alarma sensorial. Y dile a la cama que se guarde en la pared, que siempre dejas el cuarto desordenado.

En la familia de Mot, llamaban «abuela» a la casa. Luego, su HOLOPADRE* dio el mensaje de todas las mañanas:

—No vuelvas tarde. Ya sabes que tenemos que hacer los deberes. ¡Que te lo pases bien en la escuela!



¡Pasárselo bien en la escuela! ¡Como si fuera posible!
Cuando acabó de desayunar, tomó su PATIFLOP*
y salió de casa. Antes de que se cerrara la puerta, dijo:

–Adiós, Abuela. Y ya sabes...

Se oyó una voz con un sonido metálico. Era la Abuela:

–La alarma sensorial. Ya sé... Hasta luego, Mot.

Hasta la Abuela se lo sabía todo. Ese era un mundo verdaderamente aburrido.

Nada más salir al rellano, uno de los ascensores se puso en funcionamiento. Pasados unos segundos, se abrió una puerta y un altavoz saludó:

–Buenos días, Mot.

–Hola, esclavo.

–No me llamo *Esclavo*. Los vecinos me llaman Lucas.

–Claro, esclavo.

–No me llamo *Esclavo*. Los vecinos me llaman Lucas.

–Por supuesto, esclavo.

–No me llamo...

A Mot le divertía ese ascensor tan bobo. Le gustaba llamarle esclavo, por fastidiar. Todos los días le decía lo mismo y todos los días el ascensor repetía la misma cantinela. Pero al chico le gustaba esa imperfección en su mundo. Todo funcionaba bien. Todo, menos ese ascensor...

Pensó que algún día le llamaría Lucas, a ver qué pasaba.

En la calle, puso los pies sobre su patiflop y ordenó:

–Ya sabes. Lo de siempre.

La máquina se puso en funcionamiento y se deslizó produciendo una leve corriente de aire. Mot inclinó el

cuerpo hacia un sitio y hacia otro y el patín respondió a sus movimientos manteniéndole en equilibrio.

Estaba prohibido utilizar el patiflop en la escuela, y esa era otra prohibición tonta. ¡Con lo bien que se lo pasarían él y sus amigos por los pasillos y escaleras de ese viejo edificio!

Mot fue a su taquilla, dejó el vehículo y tomó su libreta. Saludó a algunos compañeros, sin entusiasmo, y subió a clase. En la escuela era obligatorio usar las escaleras para hacer algo de deporte de verdad. Resultaba divertido porque, de vez en cuando, alguien tropezaba y organizaba un pequeño lío.

Poco a poco, se fueron reuniendo los quince compañeros de su clase. Todos tenían cara de aburridos.

Llegó el ENTRENADOR* y alguno de los chicos bostezó.

–Buenos días. Hoy vamos a rescatar un submarino del fondo del mar. Tenéis dos horas para conseguirlo, antes que el equipo verde. El ordenador os dará lo que necesitéis.

A Mot no le gustaban esas tonterías, porque nada era de verdad. Se levantó y fue hacia su cabina. Allí, se puso el traje y observó lo que tenía a su alrededor: barcos, cámaras, botellas de oxígeno, grúas... Se metió en el agua, nadó y eludió los ataques de dos tiburones y de tres rayas eléctricas.

Dos horas más tarde, Mot y sus compañeros habían conseguido rescatar el submarino antes que el equipo contrincante. Pero en realidad se trataba de un juego

de ordenador. Al final de la clase no se había mojado ni la planta de los pies.

Luego, vinieron las prácticas de Idioma Intergaláctico, los Juegos Olímpicos de Matemáticas y los aburridísimos laboratorios de Ciencias Mundiales...

Y al final de la mañana, como todos los días, Mot dejó su libreta en su taquilla, tomó su patiflop y regresó a casa.

Mientras viajaba, se agitó de un sitio a otro para darse un buen trompazo, pero nada... Esa máquina se colocaba siempre de modo que le mantenía en equilibrio.

Llamó a un ascensor y acudió uno que no era Lucas.

Mientras subía, pensaba:

Que estaba harto de ese mundo soso.

Que le gustaría ser mayor.

Que lo que más le apetecía era viajar en una esfera.

Y conocer sitios peligrosos. Peligrosos de verdad.

● 3

MOT Y ADA

MOT TIENE AHORA ONCE AÑOS. Nunca ha sido especialmente desobediente, pero sus padres siempre se han sentido un poco desesperados. De niño tenían que explicarle las razones para hacer una cosa o no hacer otra:

–Te tienes que tomar la sopa de vitaminas, o te pondrás enfermo y tendremos que ponerte el ROME*.

El rome es el Robot Médico.

–No puedes llevar las telegafas más de dos horas al día, porque si lo haces te vas a volver tonto.

Las telegafas, como su nombre indica, son pantallas de televisión de uso individual.

Mot siempre ha sido muy curioso. Una vez, cuando tenía cuatro años y sus padres estaban descuidados, agarró la caja de herramientas y empezó a desarmar al pobre robot triturador, que tuvo que bufar bien fuerte para pedir auxilio.

Otro día, dos años más tarde, su padre estaba haciendo la telecompra. Como le llamaron por el cala, fue al salón para hablar tranquilo de asuntos de trabajo. Al volver, Mot había hecho una compra enorme,

suficiente para alimentar un año a dos estaciones espaciales de las grandes. ¡Menos mal que su padre pudo arreglarlo!

Mot ha viajado con su familia en los viciu y conoce sitios fríos y calientes, próximos y cercanos. Siempre ha ido con sus padres o sus tíos, pero a él lo que le gustaría es viajar solo.

También le apetece hacerlo con algunos de sus compañeros de equipo. Y, sobre todo, con Ada.

Ada es la amiga de Mot. A ambos les gusta escuchar historias de aventuras a través del cala. A veces dicen: –A la una, a las dos y a las... ¡tres!

Y piden que les lean cualquier historia antigua: *El astronauta de las tres galaxias*, *El robot justiciero*, *Asteroides de chocolate...*

